

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL DR. JOSE PEREZ CUBILLAS, A NOMBRE DE LA COMISION ORGANIZADORA DEL CENTENARIO, EN LA SESION SOLEMNE CELEBRADA POR EL AYUNTAMIENTO DE BEJUCAL EL 19 DE NOVIEMBRE DE 1937, EN HONOR DE LAS SRTAS. HABANA Y BEJUCAL Y DE SUS DAMAS ACOMPAÑANTES.-

Majestades:

Sres. Alcaldes de Bejucal y de la Habana:

Sres. representantes de los Ferrocarriles de Cuba:

Autoridades en general:

Excelencias:

Señoras y Señores:

Vibrantes todavía en mis oídos las notas del himno nacional y llenas aun mis pupilas de la imagen esplendorosa de esta mañana de sol, alzo mi modesta voz para entonar un canto de agradecimiento sincero por este hermoso, magnífico, soberbio recibimiento que nos ha dispensado el muy noble y generoso pueblo de Bejucal.-

Esta manifestación popular tan entusiasta y numerosa, aunque lógica y natural en una ciudad, tan noble y gentil como la vuestra, ha sido para los miembros de la Comisión Organizadora del Centenario, que inmerecidamente represento en este acto, el premio más espléndido y el galardón más bello a que pudieran haber aspirado un grupo de cubanos de buena voluntad enamorados aún, a pesar del escepticismo reinante, de las glorias pretéritas de Cuba, no por lejanas menos valiosas y dignas de recordación; Ha sido vuestro recibimiento la compensación más generosa a <sup>nuestro</sup> ~~sus~~ esfuerzos para rememorar una fecha gloriosa para nuestra patria: el instante en que un nuevo medio de transporte, desconocido aún en la Metrópoli, ponía en contacto directo, la Capital de la República con esta bella ciudad de los Marqueses de San Felipe y Santiago.-

Pero no otra cosa podía esperarse de vuestro tradicional romanticismo. Cuando hace unas noches, al salir del Liceo me paseaba a altas horas de la madrugada por vuestras calles y contemplaba vuestras casas recién pintadas y limpias ~~como una patena,~~

brillando a la tenue luz de la luna llena evocaba con la imaginación escenas tal vez idas, propias de la bella Andalucía; creí ver a los apuestos donceles al pie de las anchurosas ventanas, entonando dulces canciones de amor, acompañados por el suave rasguear de sus guitarras hasta que la amada, envuelta en la clásica mantilla, llena de bordados y de misterio accedía al fin, misericordiosa, a enseñar por la celosía entreabierta su rostro nacarino y a iluminar con el fulgor de sus ojos la obscuridad de la estancia, haciendo palidecer de envidia a la misma Luna.-

Y cuando venía en el tren excursionista que nos trajo de la Capital tuve, por breves instantes, otra visión retrospectiva: vi por la carretera que bordea la vía férrea a una bella damisela, tan bella como las Srtas. de la Habana y Bejucal que presiden este acto, reclinada en los cojines de una hermosa volante tirada por una espléndida pareja de caballos y guiada por un típico calesero de altas botas de charol y espuelas de plata, contemplar el paisaje con displicencia criolla, cuando de pronto surgió en el horizonte, corriendo sobre dos líneas de acero paralelas que brillaban al Sol, una cosa grande, negra, echando humo, como un monstruo apocalíptico incendiado en su interior, que resoplaba y gemía, arrojando a cada paso bocanadas de vapor. Los caballos asustados al oír el estridente silbato no querían proseguir su camino a pesar de los ingentes esfuerzos del experto calesero y mientras tanto aquel monstruo de acero avanzaba, avanzaba sin cesar hasta que al fin pasó por el lado de la volante de nuestra historia como una ex<sup>h</sup>alación, mientras la gentil damisela, asustada y compungida a la vez, derramaba una lágrima como una perla pensando, como Eca de Queiroz, que la belleza tropical de nuestras campiñas había sido hollada para siempre, en aras de la cultura y del progreso, por la maravilla del vapor.-

Entristecido por el romántico recuerdo dirigí de nuevo la mirada hacia nuestros esmeraldinos campos y vi las palmeras meciendo sus altas copas al compás de la brisa tropical y las cañas de azúcar agrupadas entre sí, como recelosas de que alguien

viniera a arrebatarnos su dulcísimo jugo; los frutos menores esperando la mano experta del agricultor que los colocase en artísticas posturas dentro de blanquísimas cajas y las fábricas lanzando al aire sus columnas de humo como una demostración de actividad y me reconcilié con la locomotora poderosa que hizo derramar lágrimas de dolor a la linda doncella de mi cuento, comprendiendo que el progreso también tiene su belleza y que tras la fealdad aparente de las modernas máquinas industriales, se esconde el bienestar del trabajador sin el cual el campo no nos luciría verde ni el ~~cielo~~ <sup>cielo</sup> purísimo azul.

Sr. Alcalde de Bejucal: permitidme que como habanero os felicite por estos hermosos festejos donde tanto brillan y resplandecen la belleza de nuestras mujeres y el entusiasmo desbordante de vuestro pueblo; que os aliente a continuar por esta vía de progreso y de cultura; y que, finalmente, os dé las gracias por haber entregado a la Srta. Habana esta preciosa llave de flores como símbolo de nuestra confraternidad. No podía esperarse otra cosa de una ciudad que ostenta en su escudo de armas un castillo, símbolo de lealtad y de valor; dos leones rampantes, como dos fuertes y acogedores brazos llenos de hidalguía y amor y una corona de marqués que nos recuerda la nobleza de vuestro origen y explica la delicadeza señorial de vuestros actos.-

Bellas Srtas. Bejucal y Habana; quiera Dios convertir en eterna felicidad vuestro efímero reinado de este día memorable.